

# POR QUÉ SE AMA

COMEDIA EN UN ACTO

Estrenada en el Teatro Español  
por la Compañía Guerrero-Mendoza  
el 26 de octubre de 1903.

## REPARTO

---

PERSONAJES	ACTORES
EMILIA.....	SRA. GUERRERO.
DOÑA JACOBA.....	SRTA. CANCIO.
MARÍA LUISA.....	> COLORADO.
ISIDORO.....	SR. DÍAZ DE MENDOZA (M.)
ANDRÉS.....	> DÍAZ DE MENDOZA (F.)
ANTONIO.....	> CIRERA.
DR. TRUJILLO.....	> MEDRANO.

# POR QUÉ SE AMA

---

## ACTO ÚNICO

---

### ESCENA I

D.<sup>a</sup> JACOBA y D. ANTONIO

D. ANTONIO

Muy buenos días, doña Jacoba.

JACOBA

Muy buenos, don Antonio. ¿De dar su paseito como todas las mañanas?

D. ANTONIO

Y de recoger el correo... Esperaba noticias de interés. ¿Y mi hija, por dónde anda?

JACOBA

Por allá dentro con Emilia. ¿Quiere usted hacer el favor de sentarse un poco más lejos? Con los periódicos me asusta usted a los pajaritos.

D. ANTONIO

Usted perdone. Olvidaba que son las aves sagradas.

JACOBA

No se burle usted... Ya sé que no valen nada. Pero son animales desgraciados, que si yo no los cuidara no

los cuidaría nadie. ¿Ve usted estos cuatro jilgueros y este pardillo? Uno está ciego, otro cojito, a otro le salvé de las uñas de un gato..., y se conoce que del susto padece accidentes como una persona. Otro se lo compré a unos granujas que lo arrastraban atado a un cordel.

D. ANTONIO

¡Esto no es una pajarera, es un hospital! Y además la perrita y los dos gatos, que también tendrán su historia lastimosa.

JACOBA

Sí, señor. A mí los animales bonitos y bien cuidados no me llaman la atención. Pero éstos, si no fuera por mí..., y ellos lo conocen y lo agradecen más que las personas, créalo usted.

D. ANTONIO

Si; los animales no tienen muchos medios de manifestar su ingratitud. De seguro que no le han dado a usted nunca una mala contestación.

JACOBA

¡Ay, don Antonio! No me confunda usted con esas solteronas egoistas que prefieren los animales a las personas. Yo he querido mucho en este mundo. Ya ve usted, he sido madre de cinco hijos. Tres viven todavía. ¿Sabré lo que es cariño?

D. ANTONIO

Lo ignoraba. Yo creí que era usted soltera, viuda sin familia.

JACOBA

No, señor; no. Viuda desde muy joven con tres varones. ¡Y ya ve usted! Cuando a mis años estoy separada de ellos sirviendo de señora de compañía... Cada uno por su lado. A uno se le llevó el cariño de una mujer, a

otro el afán de hacerse rico, a otro sus estudios... Ellos hacia la vida, yo hacia la muerte... Egoísmo hubiera sido el mío en detenerlos; al contrario, yo misma los animaba... Sí, hijos míos; tenéis razón, hacéis bien en dejarme, esa es la vida... Y me dejaron alegres, sin remordimientos... Es natural. Ayer fué mi santo. De uno solo recibí un telegrama... ¡Ya ve usted, ni su letra, ni el consuelo de besar el papel en que puso los ojos y la mano! ¡Y con todo, lloré de alegría! Diga usted si no tengo derecho a poner un poco de cariño en estos animalitos...

D. ANTONIO

Sí, señora. No volveré a burlarme de su hospital. Desde hoy me parece algo simbólico, como dicen ahora... Un pájaro ciego, otro cojo, otro desplumado... A cierta edad, nuestro corazón está como esa pajarera. Cuando pienso que mi hija también me dejará muy pronto, y tampoco yo tengo otro cariño en el mundo... ¡Diez y ocho años ya!... ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Pensar que un hombre cualquiera, un desconocido, significará más que yo en su vida!... Y si fuera un hombre digno, honrado... Pero váyale usted al corazón con razones y con advertencias. ¿Por qué se ama? Es un sentimiento en que no hay elección. No se ama la bondad, ni la inteligencia, ni siquiera la hermosura, con ser más visible... Crea usted que cuando pienso que mi hija puede enamorarse del primer botarate que se presente, de su primo Isidoro, por ejemplo...

JACOBA

No tenga usted cuidado. No son esas mis noticias.

D. ANTONIO

Bonitas cosas me dicen de él en estas cartas... Hoy debe presentarse por aquí... Y él tontea con mi hija, no sé si lo habrá usted notado...

JACOBA

Pero esté usted tranquilo. María Luisa quiere a otro.

D. ANTONIO

¿Cree usted que eso me tranquiliza? ¿Quién es ese otro? ¿Algún sietemesino de los que veranean por aquí? ¿Algún tan pillo como Isidoro y más tonto que él? Porque siquiera Isidoro tiene cierto talento, muy mal empleado, eso sí. ¿Le conozco yo? ¿Viene por aquí de visita?

JACOBA

Es un secreto, don Antonio. Un secreto que no debe usted saber, porque ni siquiera lo sabe su hija de usted... Y mucho menos el galán. Ya ve usted si la historia es complicada.

D. ANTONIO

¡Tan complicada! Y usted sola posee el secreto.

JACOBA

¿De qué me servirían mis cincuenta y ocho años? He sido espectadora de tantos amores... Conozco todos sus síntomas, todas sus manifestaciones y todos sus disfraces.

D. ANTONIO

Entonces puede usted ser especialista en enfermedades del corazón, como nuestro doctor Trujillo. Pues desde ahora le confío a usted la asistencia de María Luisa.

JACOBA

No será por mucho tiempo. Dentro de un mes volverán ustedes a Madrid...

D. ANTONIO

¿No le ha dicho a usted nada María Luisa?

JACOBA

¿Respecto...?

D. ANTONIO

Si mi sobrina Emilia se casa pronto, como es de suponer, y ya no necesita de usted, ¿quiere usted venir a nuestra casa, al lado de mi hija?

JACOBA

¿Pero usted cree que Emilia se casará tan pronto?

D. ANTONIO

¿Y qué ha de hacer? Viuda a su edad, sin hijos..., aunque no fué muy dichosa con su primer marido, razón de más para probar fortuna con el segundo. No hay dos descarrilamientos seguidos en la misma línea. Sus relaciones con Andrés parecen formales. Un hombre de sus condiciones, de posición, de talento, que ha vivido durante dos años consagrado a los intereses de Emilia, defendiéndola en el pleito contra los hermanos de su marido, salvándola de la ruina... Y después de ganado el pleito, poniendo en orden los asuntos de esta casa, bastante embrollados. Y por último, todo el mundo lo sabe, como los cuñados de Emilia son una gentuza, despechados por haber perdido el pleito, propalaban todo género de calumnias contra la reputación de su cuñada, y Andrés tuvo un lance con uno de ellos. Todo esto son cosas que comprometen, que obligan.

JACOBA

Eso sí. Y que don Andrés está locamente enamorado de Emilia.

D. ANTONIO

Y es un perfecto caballero.

TOMO VIII.

JACOBA

Con un corazón excelente.

D. ANTONIO

Y un talento brillante. Es cuanto puede soñar una mujer.

JACOBA

Y muy buena figura, que suele ser con lo que más soñamos.

D. ANTONIO

Emilia estaría loca si no se casara con él. ¡Un automóvil!... ¡Ha parado aquí! ¡Calle! ¡Isidoro con el doctor Trujillo!... Viene acompañado porque sabe lo que le espera.

JACOBA

No se incomode usted, don Antonio. No ha de adelantarse nada.

D. ANTONIO

Como vuelva a mirar a María Luisa... ¡No faltaba más! Es una ganga el caballero...

JACOBA

Dejo a ustedes. Me llevo a mis pobres al jardín. A la sombra de los árboles estarán tan ricamente. ¡Pío, pío! ¡Ay, qué rico! Mire usted... El ciegucecito conoce mi voz y se acerca a besarme con su piquito... ¡Pobre, pobre!...

## ESCENA II

ISIDORO, D. ANTONIO y el DOCTOR TRUJILLO

ISIDORO

¡Querido tío Antonio! (*Viendo que su tío no le contesta.*) ¡Queridísimo tío Antoñete!

D. ANTONIO

(*Con sequedad.*) ¡Hola! ¿Cómo va, Doctor?

DOCTOR

No se lo diga usted a nadie, pero esta vida de campo y estos aires de mar no me prueban nada. ¡Yo, que se los recomiendo a todos mis clientes! ¿Y Emilia y María Luisa?

D. ANTONIO

No tardarán.

DOCTOR

¿Emilia, está mejor?

D. ANTONIO

Sí. En estos días no se ha quejado de las palpitaciones ni de los ahogos. Le sentó muy bien lo que usted le ha mandado.

DOCTOR

¡Si no le mandé nada! Quedamos en observar...

D. ANTONIO

Pues le sentó muy bien que no le haya usted mandado nada.

DOCTOR

Era nervioso, puramente nervioso. ¿Y usted, don Antonio, sin novedad?

D. ANTONIO

Estoy muy bien desde que seguí sus consejos.

DOCTOR

Ya se lo dije a usted: no trabaje usted tanto, deje usted los negocios, si no quiere usted morir pronto...

D. ANTONIO

En efecto. Desde que hago otra vida y dejé de ir a Bolsa...

ISIDORO

Entonces ya sé lo que te dijo el Doctor: la Bolsa o la vida, y te presentó la cuenta.

D. ANTONIO

¡Qué gracioso! Parece mentira que tengas humor... No pensaba decirte nada, y menos delante de gente, pero el Doctor es de confianza. Lee esta carta de tu padre, y esta de don Joaquín el apoderado, y esta...

ISIDORO

Tengo las duplicadas y no quiero leerlas. Me he propuesto no volver a tocar una carta.

D. ANTONIO

¡Échalo a broma! ¿Te parece bien, el dinero que te manda tu padre para recoger esas letras, perderlo así en un momento? ¿Y verte ahora en un compromiso? Porque tu padre me dice que no te dé un cuarto, aunque te vea en la cárcel o sepa que vas a pegarte un tiro.

ISIDORO

Doctor, sal a mi defensa. ¿Qué me has recomendado? Que evite los disgustos y las emociones... No quieren creer que estoy enfermo del corazón... Digo, no creen

siquiera que tengo corazón... ¡Vaya, tío, hoy que pensaba yo que habláramos seriamente!

D. ANTONIO

¡Eres incorregible!

ISIDORO

Si, es verdad... Jugarse el dinero de papá como un estudiante o un cadete... ¡Pero qué remedio! Los acreedores me estrechan, me ahogan, salvo el apuro de hoy con el de mañana... ¡Si mi padre se convenciera de que sólo deseo acabar de una vez con esta vida!... ¡Si de una vez me viera libre! Pero no. Desconfío de mí, de mi arrepentimiento, que ya no es arrepentimiento, es algo más seguro: cansancio, hastío... ¡Y después de todo, si fuéramos a ver! Yo soy el que debía quejarse. Desde mi primera calaverada me considerasteis incapaz de enmienda... ¡Me habéis tratado como a enemigo!...

D. ANTONIO

¡No faltaba más sino que nos culparas!

ISIDORO

¿No le he pedido mil veces a mi padre que me empleara al lado suyo? ¿A ti, que me indicaras alguna ocupación, algún asunto? Y siempre me habéis contestado lo mismo: ¡Si no sirves para nada! ¡Cualquiera se fía de ti!... ¡En buenas manos estaría! ¿No comprendes que he llegado a creer que soy unu criatura inútil? ¿Que el único objeto de mi vida es heredar cuando muera mi padre? ¡Heredar! Cuando yo creo, ya veis si soy severo conmigo mismo, que no se hereda legítimamente sino cuando se continúan, más que el nombre y la familia, las aspiraciones, el trabajo...

DOCTOR

Murmillos de aprobación.

D. ANTONIO

¿Por qué no te dedicas a la política? En lo de hablar bien y hacer mal, es para lo que revelas mayores aptitudes.

ISIDORO

¡Si no aspiro a nada, me doy por vencido! Pero no es mía toda la culpa. ¿Cómo me han educado? Como nos educan a todos en España, como nos gobiernan... Los padres y los superiores nos consideran siempre como a niños, como si siempre hubiéramos de vivir en tutela. Todos sus esfuerzos son para debilitar nuestra voluntad en vez de fortalecerla. La autoridad es una oposición constante en vez de ser un apoyo, y nos hacemos hombres y somos niños todavía... Y nuestras niñerías ya parecen locuras o delitos... Y entonces quieren juzgarnos como a hombres los mismos que no nos enseñan a serlo...

DOCTOR

Protestas, interrupciones... En la derecha, porque yo estoy conforme.

D. ANTONIO

¡Corriente! ¿Estás decidido a cambiar de vida? ¿Y cuándo empieza el arrepentimiento?

ISIDORO

¡Si no me arrepiento de nada!... He aprendido a vivir por mí mismo. ¡Dura enseñanza, pero provechosa! Lo único que deploro es la reputación que he logrado al adquirirla... Todo por la falta de seriedad de mis estudios... ¡Ah, la seriedad! ¡La ropa negra con que se va a todas partes!

D. ANTONIO

Pues por falta de seriedad no ha quedado. Tus niñerías, como quieras llamarlas, han sido bastante serias.

ISIDORO

No lo creas. Si en vez de perder mi dinero al azar del juego, lo hubiera perdido en operaciones bursátiles, meditadas sesudamente, hubiera logrado fama de hombre de negocios. Si en vez de hablar en broma de todo lo divino y lo humano en círculos y tertulias, hubiera hablado con gravedad en el Congreso o hubiera publicado libros con prólogos autorizados, ya sería ministrable, academizable y siempre respetable. Si en vez de pagar caro amores baratos para que me llamen primo, me hubiera casado con una mujer rica, los mismos primos de mi mujer no se hubieran atrevido a llamármelo. Pero ya es tarde para rectificar; he perdido el crédito.

DOCTOR

Sólo un buen matrimonio puede salvarte.

ISIDORO

¿Oyes, querido tío? Es receta del Doctor... ¡Si tú fueras capaz de creer en mí todavía!... ¡Si supieras que estoy enamorado, aun podrías salvarme! Tío Antonio, ¿por qué no había yo de casarme con María Luisa?

D. ANTONIO

¿Eh? ¿Qué dices? Ni en broma ni en serio vuelvas a decírmelo. ¡Vamos! ¡Con María Luisa! Hay cosas que ne pueden oírse.

ISIDORO

¿Y si yo me propusiera...?

D. ANTONIO

¿Qué?

ISIDORO

Que llegara a quererme, que creyera en mí.

D. ANTONIO

No quiero incomodarme, y te dejo. Darás lugar a que no vuelva a recibirte ni vuelva a saludarte. (*Sale muy incomodado.*)

## ESCENA III

ISIDORO y el DOCTOR

ISIDORO

¿Qué te parece?

DOCTOR

Don Juan ante don Gonzalo. ¿Pero es verdad que estás enamorado de tu prima?

ISIDORO

Como un bruto.

DOCTOR

Es sinónimo. ¿Y ella?

ISIDORO

Le habrán hablado siempre de mi como habla mi tío, como hablan todos en la familia... Así es que huye de mi, no sé si por antipatía o por miedo. ¡Ojalá fuera por miedo!

DOCTOR

Sí, las mujeres pierden el miedo en seguida.

ISIDORO

Yo no desisto. La mala fama favorece siempre. Sobre todo cuanto tiene leyenda como la mía. Lo difícil es responder a una leyenda de santidad... Nunca parece uno tan bueno ni tan malo como dice la gente... Y de malo a bueno siempre se gana algo... Si yo pudiera hablar a solas con mi prima... ¡Habría con tanta sinceridad!

¡La confesión de mis culpas sería tan completa! ¡Mis culpas!... ¡Parece que he cometido algún crimen! Que he derrochado mi dinero presente y futuro, pero mi dinero; que he sido espléndido con las mujeres, porque yo no soy como esos *amateurs* de objetos de arte que sólo los compran cuando el vendedor está muerto de hambre y los ofrece por nada. A eso llaman saber comprar. Pues hay muchos que a eso llaman conocer a las mujeres. ¿Y qué más?

DOCTOR

Tu escándalo con la de Renovales, eso fué lo peor. ¡Escaparte con una mujer casada!

ISIDORO

¡Creímos amarnos para toda la vida, y me pareció más digno huir con ella que seguir dando la mano de amigo al marido y convidado a comer en su casa! A la gente le hubiera parecido mejor esto, ya lo sé, y al marido también.

DOCTOR

Emilia y María Luisa... Si puedo facilitar tu entrevista con María Luisa, cuenta conmigo. Es que me intereso por tu salud; es asistencia facultativa, no vayas a creer otra cosa. Porque de veras te digo que andas delicaducho.

## ESCENA IV

DICHOS, EMILIA y MARÍA LUISA

EMILIA

Muy buenos días.

DOCTOR

¿Cómo va esa hermosura? No pregunto por la salud, porque en un médico parece interesada la pregunta.



EMILIA

¡Hola, Isidoro! ¿Tú por aquí? ¿Has visto a tío Antonio?

ISIDORO

Sí. ¡Ya me ha dicho todo lo que tenía que decirme!... María Luisa, ¿no soy de la familia?

MARÍA LUISA

Ya te he saludado al entrar. ¡Si no te enteraste!...

ISIDORO

Es que me supo a poco el saludo.

MARÍA LUISA

¡Ya veo que estás bueno! Por tu vida no hay que preguntar... ¿Viene usted de San Sebastián, Doctor!

DOCTOR

De allí venimos. Todo Madrid reuniéndose y apretándose cuatro veces al día en los sitios más reducidos que encuentra. Los madrileños han nacido para eso: para matar el tiempo y el espacio.

EMILIA

¿Mucha gente conocida?

DOCTOR

Y mucha que se va conociendo. ¡Hay una de francesas!

MARÍA LUISA

¿Cómo no ha venido Andrés con ustedes?

ISIDORO

¿Connmigo? ¡Si apenas me saluda!

MARÍA LUISA

Tendrá sus razones.

ISIDORO

La razón de no estar muy bien educado.

MARÍA LUISA

¡Cuánto daría yo muchas veces por no tener educación!

ISIDORO

¿Para no saludarme? Gracias... ¡Ay! ¡María Luisa!

MARÍA LUISA

No me mires así.

ISIDORO

¿Pero en qué te ofendo?

MARÍA LUISA

En todo. Me ofendes con mirarme.

ISIDORO

¡Pero prima!

EMILIA

¡María Luisa!

MARÍA LUISA

Déjame en paz.

EMILIA

¡Pero María Luisa!...

MARÍA LUISA

No le puedo ver.

## ESCENA V

DICHOS, menos MARÍA LUISA

ISIDORO

Lo que oye a su padre, lo que oye a todos...

EMILIA

¿Pero qué es eso, primo? ¿En qué has ofendido a María Luisa? ¿Es odio o es amor disimulado?

ISIDORO

¡Amor, amor! A mi no me quiere nadie.

EMILIA

Se te saltan las lágrimas...

ISIDORO

¿A mi? Es humo del cigarro..., del cigarro del Doctor.

DOCTOR

Si está apagado.

EMILIA

No reniegues de esas lágrimas. Y si son de amor, mucho menos... ¿De veras quieres mucho a María Luisa? ¿Serías feliz si ella te quisiera?

ISIDORO

¡Si no es posible! ¡Tales cosas le han dicho de mí!

EMILIA

Sí. No son para inspirar mucha confianza. Pero, ¿qué sé yo? Si una mujer no se cree capaz de convertir a un hombre... ¡Es una ilusión tan dulce, aunque luego fracasa,

se, como todas las ilusiones!... ¿Quieres que yo interceda por ti? Pero has de darme alguna prueba de tu arrepentimiento para que yo pueda defenderte con cierta convicción. En San Sebastián llevas la vida de siempre... Aquí tenemos noticia de hora en hora.

ISIDORO

¡Ya! Por Andrés, que pone más empeño que nadie en desacreditarme...

EMILIA

¡Qué tontería! Justamente Andrés no habla nunca de ti.

DOCTOR

Se dice que la boda es irremediable...

EMILIA

No hay nada acordado.

DOCTOR

¡Se quieren ustedes tanto! De Andrés, por lo menos, respondo... No habla más que de usted.

EMILIA

Me quiere mucho, no puedo dudarle. Es un hombre ideal, que no vive más que para mí, que no piensa más que en mí. Que daría su vida por verme dichosa, estoy segura. ¡Me ha dado tantas pruebas de su cariño!... Pruebas indudables... Me quiere mucho.

ISIDORO

Que le quieran a uno de ese modo debe ser la felicidad.

DOCTOR

Pues Emilia no parece muy convencida.

EMILIA

¿Por qué lo dice usted, Doctor?

DOCTOR

Porque repite usted tanto: ¡Soy muy dichosal ¡Me quiere mucho! ¡Yo también le quiero!, que más que por convencernos a los demás parece que lo dice usted para convencerse a sí propia.

EMILIA

Haría usted un buen confesor.

## ESCENA VI

DICHOS y D. ANTONIO

D. ANTONIO

María Luisa te llama; quiere hablar contigo.

EMILIA

¿Y no se atreve a venir aquí? ¡Ya es una ridiculez!

D. ANTONIO

Tiene razón.

EMILIA

¡Si tú lo apruebas! Voy. Con su permiso, Doctor... *(A Isidoro.)* No me parece la ocasión más propicia, pero haré lo que pueda... Esas lágrimas que se te han saltado me han conmovido profundamente.

ISIDORO

No te burles...

EMILIA

No me burlo. Me intereso por ti y creo en tu arrepentimiento.

ISIDORO

Hay alguien que cree.

EMILIA

Quien menos importa, ¿verdad!

ISIDORO

Eso no.

EMILIA

Eso sí. Hasta luego. *(Sale.)*

## ESCENA VII

DICHOS, menos EMILIA

D. ANTONIO

¿Qué le has dicho a María Luisa? Ha venido a buscarme hecha un mar de lágrimas...

ISIDORO

¡Esto ya es intolerable y no lo tolero! No la he dicho nada, sobre todo nada que pueda afligirla de ese modo. Si llora, será... ¡Vaya usted a saber por qué llora! Y tú eres un majadero en venir a pedirme cuentas, como si yo tuviera la culpa de que María Luisa estuviera muy nerviosa y muy mal educada.

D. ANTONIO

Como no estás acostumbrado a tratar más que con cierta clase de gente...

ISIDORO

Con la que trata uno en presidio, de donde acabo de salir. ¿No es eso? Estamos conformes. Hemos concluido. Hasta nunca. *(Sale muy enfadado.)*

## ESCENA VIII

D. ANTONIO y el DOCTOR TRUJILLO

D. ANTONIO

¿Qué le parece a usted?

DOCTOR

Que se ensañan ustedes con el pobre Isidoro. Yo le aseguro a usted que Isidoro está verdaderamente enamorado de María Luisa. Cuando habla de ella parece otro hombre.

D. ANTONIO

Si. Es la solución más agradable que ha creído encontrar para que le paguemos las trampas y además le señalemos una renta. ¡Qué más quisiera él!

## ESCENA IX

DICHOS y ANDRÉS

ANDRÉS

¡Señores!...

D. ANTONIO

Adelante, Andrés; adelante...

DOCTOR

¡Querido amigo!

ANDRÉS

¿Tú aquí? ¿Está peor Emilia? ¿Te han llamado?

DOCTOR

Tranquilízate; es visita de amigo. He venido con Isidoro.

ANDRÉS

¿Isidoro está aquí? Entonces era él el que paseaba con Emilia por el jardín... Los vi desde el coche, a lo lejos...

D. ANTONIO

Avisaré a Emilia; no quiero que pase usted mal rato.

ANDRÉS

No, don Antonio. Precisamente deseaba hallar a usted solo. Tengo que hablar con usted.

D. ANTONIO

Usted dirá.

DOCTOR

Un momento... Andrés deseaba hallar a usted solo, y estoy yo aquí...

ANDRÉS

¿Te has molestado?

DOCTOR

¡Qué tontería! Estás enamorado. Para mí, el amor es una enfermedad como otra cualquiera... Y los enfermos no me molestan nunca.

## ESCENA X

D. ANTONIO y ANDRÉS

ANDRÉS

Lo siento, pero me alegro. Así podemos hablar con más libertad. Emilia ¿le habla a usted de mí algunas veces?

D. ANTONIO

Muchas. Y siempre me demuestra que le estima a usted, que le quiere...

ANDRÉS

Sí; lo sé. ¿Pero no le ha indicado a usted nunca un plazo, una fecha, más o menos próxima, para nuestra boda?

D. ANTONIO

Todos suponemos que será muy pronto.

ANDRÉS

Emilia me responde con evasivas cuando le hablo de esto.

D. ANTONIO

¡Melindres femeninos! Pregunte usted con decisión y le contestará sin rodeos.

ANDRÉS

No somos dos chiquillos, y a nuestra edad y en nuestra situación, la gente podría interpretar mal unas relaciones prolongadas. Debemos poner término.

D. ANTONIO

¿Quién lo duda? Habla usted resueltamente y es cosa hecha... Si usted no se atreve yo me encargo de la comisión, en la seguridad de quedar muy lucido.

ANDRÉS

Si usted supiera... Me muero de impaciencia. Estoy seguro del cariño de Emilia; todos ustedes me distinguen con su simpatía...

D. ANTONIO

La que usted se merece.

ANDRÉS

No hallo contrariedad alguna, y sin embargo estoy desconfiado y receloso como si presintiera un peligro imprevisto, de esos que burlan todas las esperanzas y todas las previsiones humanas. ¡Qué sé yo! Una catástrofe cualquiera, la ruina, una enfermedad, la muerte.

D. ANTONIO

¡Por Dios!, ¿quién piensa en eso? Piensen ustedes en disponerlo todo para la boda, y nada más.

ANDRÉS

¡Si no pienso en otra cosa!... Nadie lo sabe; Emilia, menos que nadie. Es una sorpresa. He transformado mi casa por completo; mi casa, que yo quisiera convertir en un paraíso para ella... No le oí una vez a Emilia indicar una preferencia por un estilo de muebles, por un color, por un objeto de arte, que yo no recogiera muy atento, para que viera un día cómo los menores detalles son recuerdo de palabras suyas, que ella creará olvidadas por insignificantes... Yo soy un chiquillo en el fondo, don Antonio. La vida no ha gastado mi corazón; yo no le ofrezco a Emilia desilusiones y cansancios. No. Son todas mis ilusiones, mis esperanzas, toda la juventud de mi alma... Su cariño es para mí algo igual a los cariños más grandes y más santos de mi vida: al de mi madre, al de mis hermanos; así la quiero.

D. ANTONIO

¿Cómo no ha de quererle Emilia?

## ESCENA XI

DICHOS y EMILIA

ANDRÉS

Emilia... ¿Cómo está usted? ¿Está usted mejor?

EMILIA

Sí; ¡no fué nada! ¿Y usted, Andrés?

ANDRÉS

¡Figúrese usted! Un día sin vernos... De todos modos, debe usted cuidarse.

D. ANTONIO

(Bajo a Andrés.) ¿Se atreve usted ahora? Les dejo solos.

ANDRÉS

Sí. Es preciso.

D. ANTONIO

¿Qué te quería María Luisa?

EMILIA

Nada. Ya la he reñido seriamente. Su conducta con Isidoro, y la tuya también, permítame que te lo diga, no es caritativa... El pobre muchacho no merece esos desprecios...

D. ANTONIO

Emilia no sabe... ¡Eres de una tolerancia y de una bondad...! Tengamos lo que sucedió con esas señoras del hotel contiguo... Si Andrés no te advierte a tiempo que eran unas trapisondistas, ya les hubieras franqueado tu casa.

EMILIA

¡Eran tan agradables, tan cariñosas!... ¡Si se fuera a hacer una información para cada persona que se saluda y se trata, y hubiera que responder de los actos ajenos!...

ANDRÉS

Ha sido usted siempre demasiado tolerante para admitir a ciertas personas en su intimidad. Y en la situación delicada de usted...

EMILIA

Yo sé que he conseguido quedarme sin amigos, gracias a la selección escrupulosa de usted.

ANDRÉS

¿No lo agradece usted, Emilia?

EMILIA

Sí, agradezco y comprendo su interés...

ANDRÉS

Yo no quisiera que ni con el pensamiento pudiera nadie manchar a usted.

D. ANTONIO

Isidoro ha dado en visitarme con demasiada frecuencia. Ya sabemos que no viene por ti, sino por María Luisa; pero con su reputación es un hombre que compromete.

EMILIA

Esta bien. Despídanle ustedes, díselo de mi parte, que no vuelva a poner los pies en esta casa...

D. ANTONIO

De tu parte, no; de la mía. Verás qué pronto.

## ESCENA XII

EMILIA y ANDRÉS

EMILIA

¿Está usted contento?

ANDRÉS

No, Emilia, no me hable usted así, como quien se resigna, como quien soporta. Yo quiero que usted comprenda que es por cariño, por el interés que usted me inspira...; don Antonio tiene razón: no le conviene á usted la intimidad con Isidoro.

EMILIA

¡Pero ya es injusto el ensañamiento! Yo no sé que haya cometido ningún crimen.

ANDRÉS

No, Emilia. Yo sólo hablo de lo que a usted se refiere. Le considero como un galanteador de oficio... Considero que las gentes juzgan por apariencias...

EMILIA

¿Y las apariencias son de que él me galatea y de que yo admito sus galanteos?... ¿Quiere usted decir eso?

ANDRÉS

No, Emilia.

EMILIA

Hablemos de otra cosa. Se lo suplico...

ANDRÉS

¿Se enfada usted conmigo?

EMILIA

Es que hay advertencias que ofenden, porque indican desconfianza.

ANDRÉS

En usted no, en los demás.

EMILIA

Los demás no debían importarle, si estuviera usted seguro de mí.

ANDRÉS

Usted sabe que de los demás han estado pendientes su tranquilidad de usted, su reputación...

EMILIA

Y mi fortuna. No lo calle usted por delicadeza. Lo sé. Y a usted se lo debo todo.

ANDRÉS

No, Emilia. Me responde usted siempre como si la gratitud contuviera sus palabras. Y yo quiero que me hable usted como usted sienta: con indignación, con enojo, con desprecio..., pero con verdad.

EMILIA

¿Con verdad? Pues bien: sé que nadie me ha querido, que nadie me querrá como usted. Pero sé que no es usted feliz queriéndome de ese modo; se atormenta usted do continuo. Por eso es mi tristeza. Si estima usted en poco el cariño que yo puedo ofrecerle, quíerame usted menos, si es posible, porque no me resigno a ser dichosa, si por quererme es usted desdichado.

ANDRÉS

Veo que no comprende usted mi cariño.

EMILIA

Comprendo que estoy destrozando su vida, que no piensa usted ni vive usted más que para mí... Que soy para usted una inquietud constante, que se mortifica usted aún más de lo que manifiesta, por temor a parecerme enojoso. Y crea usted: yo sé que el corazón no sabe callar, que todos esos disgustillos, esos recelos, esas inquietudes que va usted guardando, hablarán un día con violencia, con odio acumulado... Sí, acabará usted por odiarme.

ANDRÉS

¿No me hable usted así! ¿Que yo puedo odiar a usted? ¿Puede usted pensarlo? ¿Puede usted temerlo?

EMILIA

Del corazón lo temo todo. No es que engañe, es que nos engaña: ese es el peligro.

### ESCENA XIII

DICHOS y MARÍA LUISA

MARÍA LUISA

Creí que estabas sola... ¿Estorbo?

EMILIA

No, querida. Al contrario...

ANDRÉS

¿María Luisa?...

MARÍA LUISA

¿Cómo está usted, Andrés? Ayer no vino usted a vernos, a ver a Emilia...

ANDRÉS

Estuve muy ocupado.

MARÍA LUISA

Me lo dijo Emilia.

ANDRÉS

A propósito. No hemos hablado; el asunto de la expropiación está resuelto.

EMILIA

¿Tan pronto? Todos decían que era tan difícil...

ANDRÉS

Sí lo era. Era de justicia, y por lo mismo había que conseguirlo por favor.

MARÍA LUISA

Para usted no hay nada imposible.

ANDRÉS

Tiene usted que firmar esta exposición que enviaré hoy mismo a Madrid con unas cartas mías.

EMILIA

¿Dónde firmo?

ANDRÉS

¡Aquí!... ¿Me permite usted? (*Se sienta a escribir.*)

MARÍA LUISA

¿Tiene usted buena luz?

ANDRÉS

Gracias.



MARÍA LUISA

Está usted muy incómodo en esa silla, es demasiado baja...

ANDRÉS

No.

MARÍA LUISA

¿Quiere usted otra?

ANDRÉS

Gracias.

MARÍA LUISA

¿Le estorban a usted esas flores?

ANDRÉS

¡Por Dios!...

MARÍA LUISA

Usted perdone; le he tropezado. ¡Dios mío!, usted perdone...

ANDRÉS

Sí, hija; sí...

MARÍA LUISA

(A Emilia.) ¿Por qué te ries?

EMILIA

Por nada. ¿Recuerdas la canción de Carmen? «*L'amour est enfant de Bohème, il ne connaît pas de loi...*»

MARÍA LUISA

¿Por qué lo dices?

ANDRÉS

¡Ay!...

EMILIA

¿Qué le pasa a usted?

MARÍA LUISA

¿Qué es eso? ¿Qué tiene usted? ¡Está usted muy pálido!...

ANDRÉS

Nada, un mareo... Nunca me ha sucedido.

EMILIA

¿Pasó ya?

ANDRÉS

Sí; se me fué la vista...

MARÍA LUISA

¿Quiere usted una taza de té? ¿Caldo con jerez?... Y que venga el Doctor... ¿Está ahí?

ANDRÉS

No, ¡por Dios!, no den ustedes importancia...

MARÍA LUISA

Voy corriendo. (Sale.)

EMILIA

¿Qué ha sido?

ANDRÉS

No se lo diga usted. Pero fué esa criatura que me ha mareado con tanta solicitud... Cuando escribo no puedo soportar que ande nadie a mi alrededor...

EMILIA

Somos ingratos, sin saberlo.

ANDRÉS

¿Por qué lo dice usted?

EMILIA

Porque a usted le parece que yo no sé apreciar bastante su cariño, y usted no se ha enterado siquiera del gran amor que tiene usted tan cerca.

ANDRÉS

¿Yo?

EMILIA

Sí, María Luisa..., ¿no lo ha conocido usted?

ANDRÉS

¡Qué tonterías! Son bromas de usted?

EMILIA

Como usted quiera... Yo soy leal en advertírselo. Ya sabe usted dónde tiene la felicidad.

ANDRÉS

¿Sin usted? No lo diga usted, ni de burlas, Emilia.  
(*Vuelve María Luisa.*)

MARÍA LUISA

Huela usted... Aspire usted... Son sales inglesas...

ANDRÉS

No, deje usted... Si no necesito nada, y el olor me molesta...

MARÍA LUISA

¡Muchas gracias!

EMILIA

¡Andrés, vamos..., es interés por su salud!... ¿Qué trabajo le cuesta? Aspire usted, aspire usted... Y salga usted al jardín con María Luisa..., que le dé a usted el aire... Yo también tengo que escribir una carta... Acompaña a Andrés.

MARÍA LUISA

¿Yo?

EMILIA

(*Bajo a Andrés.*) Sea usted amable.

ANDRÉS

(*Bajo a Emilia.*) No se burle usted de mí...

MARÍA LUISA

Andrés no quiere separarse de ti.

EMILIA

Si yo voy en seguida.

MARÍA LUISA

No tardes.

ANDRÉS

(*Bajo a Emilia.*) ¡Como usted quiera! Basta que le divierta a usted...

EMILIA

Si me divierte..., me divierte mucho... Vaya usted, vaya usted... (*Salen Andrés y María Luisa.*)

## ESCENA XIV

EMILIA y después ISIDORO

ISIDORO

¿Emilia?

EMILIA

Me disponía a escribirte.

ISIDORO

¿Tú? Yo venía a hablarte. Tío Antonio me ha dicho...

EMILIA

Que no volvieras por aquí, ¿no es eso? Eres terrible... Parece ser que comprometes a las mujeres sólo con mirarlas... ¡Qué fama te has ganado, primito! ¡Y pensar que entre todas tus conquistas no habrá una que valga la pena!

ISIDORO

Puedes jurarlo.

EMILIA

Y que muchas veces habrás sido tú el seducido...

ISIDORO

La mayor parte. Pero comprende que la historia de José, aparte lo sagrado del texto, ya nos hacía reír en el colegio.

EMILIA

Y a nosotras también.

ISIDORO

Pero tío Antonio me ha dicho que tú...

EMILIA

Que yo le había dado el encargo de decirte que no volvieras. ¿Es eso?

ISIDORO

Así es. Y como tú eres la única persona que me ha tratado con algo de simpatía en la familia..., la verdad..., me extraña...

EMILIA

Es que lograron ponerme nerviosa. Por eso te escribía. Y siento que hayas venido... Hubiera preferido decirte por escrito lo que deseaba, porque es algo muy serio, muy serio...

ISIDORO

¿Han conseguido indignarte conmigo?

EMILIA

No. Han conseguido que haya hecho cuestión de amor propio demostrar a todos que no mereces ser tratado de esa manera, que tu arrepentimiento es sincero, que estás decidido a cambiar de vida, a ser otro hombre... Ya ves si es empeño el que tomo a mi cargo. Ahora falta que tú me dejes mal.

ISIDORO

¡Emilia!

EMILIA

Para que en nadie, ni en nosotros mismos, cupiera recelo al interpretar mis sentimientos, bien sabe Dios que en este instante quisiera ser tu padre, tu hermano o tu mejor amigo, pero un hombre...

ISIDORO

Estás muy bien así...

EMILIA

Es que no sé cómo decirte... ¡Malditas conveniencias!... Y yo quiero salvarte a pesar tuyo, a pesar de todos, digan y piensen lo que quieran.

ISIDORO

Nadie me ha hablado así.

EMILIA

Dime, Isidoro: ¡quisiera preguntarte tantas cosas!... Dime ante todo, porque yo no te creo un malvado... En cuanto he oído decir de ti no hallé nada que te hiciera aborrecible ni despreciable.

ISIDORO

¿Verdad que no?

EMILIA

Pero he llegado a creer que hay algo que no pueden decirme, que tú no me confesarás tampoco, alguna grave falta en tu vida, alguna aventura de serias consecuencias... ¿Lo ves? ¡Quién fuera hombre!... No sé cómo decirte.

ISIDORO

Ya entiendo, Emilia... Voy a confesarme contigo. Si, algo hubo en mi vida, y eso es precisamente lo que ignoran... Una aventura, como tú dices, de serias consecuencias; la única... Una mujer, ya apenas me acordaba de su nombre, me llamó un día a su lado; una criatura dormía en sus brazos... Pude dudar de lo que aseguraba, como otros muchos en mi caso, por no perturbar su vida y la tranquilidad de su conciencia... Aunque hubiera dudado, no vacilé... Verdad o mentira, nunca he sentido tan honda emoción como ante el sueño de aquella criatura que nadie había llamado a la vida, en quien nadie había pensado... Más desvalido, más indefenso entre los hombres que el último animalillo al nacer... Toda la responsabilidad de aquella vida pesó sobre mi corazón en un momento... Nada dije... Fui a besarle, y antes que mi primer beso, dos lagrimones lo despertaron al caer sobre su carita... Vivió poco tiempo, quizás porque era mi mayor cariño, y la única razón de vivir que comprendí en mi vida... Y ya ves, cuando puedo contártelo a ti, que nada sabías, que nunca lo hubieras sabido, es porque puedo recordarlo sin remordimiento, seguro de haber cumplido con mi deber. Que si puede la conciencia reprocharme muchas ligerezas, no puede acusarme de ninguna infamia.

EMILIA

Sí, eres bueno...

ISIDORO

¿Lloras?...

EMILIA

No sabes cuánto agradezco esa confesión. Ahora ya puedo hablarte con franqueza. Si de una vez te vieras libre de trampas vergonzosas, si hallaras una situación decorosa en que emplear tu vida...

ISIDORO

No deseo otra cosa. Pero tú lo sabes, nadie confía en mí, nadie me prestaría apoyo...

EMILIA

Cuenta contigo mismo primero. Piensa que lo difícil no es emprender, sino perseverar.

ISIDORO

Ayer acaso no me hubiera atrevido a responder de mí. La hostilidad, la desconfianza de todos nos hacen perder la propia estimación; hoy cualquiera ocupación, cualquier trabajo, serían gustosos para mí.

EMILIA

¿Has pensado en algo?

ISIDORO

¡En tantas cosas!

EMILIA

¿Con qué cuentas?

ISIDORO

Precisamente pocos días antes de venir a San Sebastián encontré en Madrid a un amigo, un muchacho muy emprendedor y muy inteligente... Me habló de un negocio: una fábrica inglesa de maquinaria le ofrecía la representación en España en condiciones excelentes. Pero él no contaba con capital, me propuso el asunto...

Yo le dije cuál era mi situación, me indicó que le hablara a mi padre... ¡Figúrate!... Contestaría lo de siempre...

EMILIA

Yo pongo a tu disposición cuanto necesites.

ISIDORO

¿Tú? No, Emilia; no puedo aceptarlo.

EMILIA

¿Por qué?

ISIDORO

El que no hayas pensado por qué me prueba lo sincero de tu ofrecimiento, que agradezco..., no sabes cómo lo agradezco. Pero yo sí debo pensar... No es posible, no puedo aceptarlo.

EMILIA

¿Lo ves? ¡Quién fuera hombre!

ISIDORO

No. Sólo una mujer como tú es capaz de tan noble desprendimiento... Tan generoso, tan sin calcular, que no has pensado siquiera que comprometes tu reputación.

EMILIA

¿Por qué? ¿No soy dueña de mis acciones?

ISIDORO

Hay alguien que tiene derecho a juzgarlas y que ya juzga mal en que me recibas en tu casa. No puedo ofenderme, pero menos puedo aceptar de ti nada que él no consienta. Y mucho menos si él lo consintiera.

EMILIA

¡Oh, el sentido moral de los hombres! Si nuestra conciencia está tranquila, ¿qué mala interpretación puede

importarnos? Si yo estuviera casada con Andrés, si como por tantas otras sintieras el capricho de enamorarme, seguramente no atenderías a tantas consideraciones, ni a engañar su amistad, ni a comprometer mi reputación, ni a desafiar la murmuración de las gentes. ¿Y para lo bueno y honrado hemos de ser más cobardes cuando todo lo más arriesgaremos lo mismo y si quiera nosotros podremos despreciar a los que murmuren?

ISIDORO

No, Emilia. La lógica del corazón no es la lógica de la vida. No puedo aceptarlo, no insistas.

EMILIA

Está bien; mal respondes a mi confianza. Al rehusar es que temes obligarte.

ISIDORO

No lo estaría más de ningún modo. Te debo la única satisfacción de mi vida en mucho tiempo. Viviría eternamente, y el día de hoy no se borraría nunca de mi memoria. Emilia, ¡un día dichoso!...

## ESCENA XV

DICHOS, MARÍA LUISA, ANDRÉS y el DOCTOR TRUJILLO

MARÍA LUISA

¡Podíamos esperarte!...

ISIDORO

¿Cómo va, Andrés?

ANDRÉS

Bien, gracias.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

EMILIA

¿Está usted mejor?

ANDRÉS

Ya lo ve usted.

DOCTOR

Trabaja demasiado; ya se lo digo

ISIDORO

¿Pero tú no tienes otra receta? Que no se trabaje, que se distraiga uno, que no se tome uno disgustos, que viaje, que se divierta... Esa receta no se despacha más que en el Banco de España... ¡No tendrás consulta para los pobres!

DOCTOR

Los pobres enferman seriamente, no tienen tiempo para otra cosa, y les receto en serio. Pero a los ricos, con darles el pretexto para hacer su gusto, ya están contentos... En verano, balnearios y playas, las más alegres y donde más se juegue... En invierno, ruletas más templadas y salones más abrigados... A los padres les aconsejo: ¡Que no estudien mucho estos chicos! ¡Cansen ustedes a estas chicas!... A los casados aburridos les recomiendo distintos climas. A los políticos, una vida activa: Ministerios y Direcciones... A los artistas, vida de sociedad y poco trabajo; a ellos les luce más y también al Arte.

ISIDORO

Pero eso es descubrir la trampa.

DOCTOR

No importa. La tontería de la Humanidad se renueva diariamente... Más antiguo es el timo de los perdigones, y todos los días llegan forasteros.

EMILIA

¿Qué te ha dicho Andrés?

MARÍA LUISA

Ha estado muy amable conmigo. ¡Es natural! ¡No le he hablado más que de ti! Es el modo de tenerle contento... ¡Ya puedes estar ufana!

ANDRÉS

(*Al Doctor.*) Tengo que pedirte un favor. Llévate a Isidoro con cualquier pretexto; ¡tengo que hablar con Emilia.

DOCTOR

El pretexto mejor es llevarme a María Luisa...

EMILIA

(*A María Luisa.*) Vas a hacerme un favor. Por una vez sé amable con Isidoro; dile que te acompañe con cualquier pretexto; tengo que hablar con Andrés.

MARÍA LUISA

¡Por ti solamente! Pero me servirá el Doctor; yo no se lo digo...

EMILIA

Como quieras...

MARÍA LUISA

¿Doctor?...

DOCTOR

¿María Luisa?...

MARÍA LUISA

¿Qué quiere usted?

DOCTOR

No, usted primero...

MARÍA LUISA

De ningún modo.

DOCTOR

¡No faltaba más!

MARÍA LUISA

Como usted quiera. Necesito que me acompañe usted a dar una vuelta por el jardín... Y usted, ¿qué quería decirme?

DOCTOR

Eso mismo.

MARÍA LUISA

Pues hemos estado perdiendo el tiempo... Pero haga usted por que venga Isidoro.

DOCTOR

¿También usted? Está visto, es mi especialidad... *(Alto.)* ¡María Luisa! ¿No dijo usted que iba usted a enseñarme...? *(Bajo.)* ¿Qué digo?

MARÍA LUISA

*(Bajo.)* Lo que a usted le parezca...

DOCTOR

Eso no...

MARÍA LUISA

¡Ah, sí! El acuarium... Venga usted..., venga usted...

DOCTOR

Isidoro, ¿no has visto el acuarium? Ven. ¿Hay muchos peces, verdad?

MARÍA LUISA

¡Preciosos!

DOCTOR

Ya lo oyes. Nunca habrás visto tantos peces juntos.

ISIDORO

¡Sí, voy... ¿Si no le molesta a María Luisa?

MARÍA LUISA

¿A mí? ¿Cuándo me has molestado? ¿Qué cosas dices!... ¿Molestarme tú?...

ISIDORO

¿Qué vientos han soplado?

MARÍA LUISA

Hasta luego... *(Salen María Luisa, el Doctor e Isidoro.)*

## ESCENA XVI

EMILIA y ANDRÉS

EMILIA

¡Si no necesita usted hablar!... Pues elige usted muy mala ocasión, porque estoy muy alegre, contenta de mi misma, en uno de esos momentos en que nos importa muy poco la opinión de los demás, porque estamos seguros de haber hecho bien. ¡Y esa seguridad la tiene uno tan pocas veces!

ANDRÉS

¡Más vale! Siendo usted dichosa...

EMILIA

¿Se convenció usted de lo que le dije?

ANDRÉS

¿Qué me dijo usted?

EMILIA

Que María Luisa está enamorada de usted.

ANDRÉS

¡Mal pude conocerlo! No me habló más que de usted en todo el tiempo...

EMILIA

Por serle a usted más agradable... Ese es el verdadero amor, el que sólo procura la felicidad del ser amado.

ANDRÉS

Ya lo sé. Pero yo prefiero que me atormenten.

EMILIA

¡Atormentar! El papel de Inquisición no le va a mi carácter.

ANDRÉS

Si lo que deseaba usted era cambiar de conversación...

EMILIA

¿Dónde dejamos la que a usted le interesa?

ANDRÉS

En saber por qué era su alegría después de haber hablado largamente con Isidoro.

EMILIA

¡Ah! Ya se va usted explicando... En efecto, con Isidoro...

ANDRÉS

¡Si! Cuando entramos parecían ustedes muy emocionados... No había sido una conversación indiferente...

EMILIA

No me interrogue usted con los ojos más que con las palabras. ¡Si no hay secreto! Todo lo sabrá usted por mí. Me he propuesto salvar a Isidoro, casarle con Ma-

ría Luisa; me he convencido de lo injustos que son todos con él.

ANDRÉS

Se ha propuesto usted jugar con el peligro.

EMILIA

¡Qué peligro! ¡Pobre Isidoro! ¡Si usted lo hubiera oído!...

ANDRÉS

¡Ya! Le contó a usted alguna triste historia: la historia de Otelo... Y para usted, como para Desdémona, ya no hay negrura que valga...

EMILIA

¿Pero no sabe usted que Isidoro quiere a María Luisa? ¿Que yo le tengo sin cuidado? No se apasione usted al juzgarle.

ANDRÉS

Quien se apasiona por él es usted.

EMILIA

Por él, no. Me apasiono por la verdad. Piense usted lo que dice.

ANDRÉS

¿Por la verdad? ¿Quiere usted saberla? Los demás sólo juzgamos por apariencias; usted sola conoce a Isidoro... ¡Si, su primo es digno de que usted le quiera y le proteja!... ¡Si, debe usted casarle con María Luisa... ya que no se case con usted como él pretendía!...

EMILIA

¿Quién? ¡Ah, no!

ANDRÉS

Nunca debí decirlo... Es una indignidad; pero por usted me olvido de todo. Usted sabe que Isidoro era



antes gran amigo mio... Usted no pensará que nuestra amistad haya podido entibiarse porque a mi me importen sus calaveradas... Algún motivo más serio debe usted suponer... Ese motivo es usted; sí, usted... Cuando yo me encargué de defender a usted en el pleito con sus cuñados, Isidoro, Isidoro..., una ligereza suya... En el fondo no es malo...

EMILIA

¡Acabe usted!

ANDRÉS

Un día, siempre en broma, me dijo: «Procura ganar ese pleito, porque entonces mi prima será un gran partido y puede ser mi salvación.»

EMILIA

¡Oh!

ANDRÉS

Poco después, repitió la broma por escrito en una graciosísima carta... Yo las conservo todas; si quiere usted leerla enviaré por ella a Madrid, y se convencerá usted de que Isidoro merece toda su consideración y todo su cariño... Porque su maldad es forma..., pura forma... Pero en el fondo, ¡oh!, en el fondo...

EMILIA

*(Rompiendo a llorar.)* ¡Dios mio!

ANDRÉS

¿No se indigna usted? ¡Llora usted, Emilia! Cree usted conocer a los demás, y a sí misma no se conoce. ¡Si lo sentía desde hace tiempo! El cariño es algo que se respira, que nos envuelve. Y por instinto sentimos cuando se aleja... Su cariño de usted se alejaba de mí, quizás sin que usted misma lo advirtiera... Pero yo sí. Por eso mi inquietud, mis celos, que yo no podía fijar en una

persona determinada, porque usted tampoco había fijado su cariño... Pero ahora sí, ahora ya no dudo.

EMILIA

Andrés, ¿qué dice usted? ¿Usted cree...? ¿Entonces ha sido por celos por lo que ha dicho usted lo que me ha dicho?

ANDRÉS

¡Ah! ¿Prefiere usted que sea invención mía? ¿Un recurso de amante despechado para desengañar a usted? Verá usted esa carta; sabrá usted lo que significa usted para ese hombre.

EMILIA

¡No, Andrés! Muchas pruebas me ha dado usted de cariño... Pero esa prueba no; se lo suplico.

ANDRÉS

Porque es indigna de mí, ¿no es verdad? Fué una confianza de amigo a que no debí hacer traición...

EMILIA

¡No, Andrés! Es que no debió usted dudar de mí. No le agradezco a usted esa verdad.

ANDRÉS

No agradece usted nada, ya lo veo.

EMILIA

Ahora es usted el que habla de agradecer.

ANDRÉS

Sí, de agradecer. Porque su cariño era sólo agradecimiento, ¡mezquino disfraz del amor!

EMILIA

Lo dije... Acabaría usted por odiarme. Yo hubiera dado mi vida por verle a usted dichoso con mi cariño; no lo era usted. Era natural que mi cariño huyese como huye el malhechor cuando hizo el daño. Si mi cariño sólo sirvió para atormentarle, ¿qué importa que se aleje? Ya ve usted que no miento. Usted me dijo la verdad; con la verdad respondo. ¡Llegó su hora triste! Eso ha conseguido usted...

ANDRÉS

¡Emilia! ¡Emila! ¡Qué triste verdad!

## ESCENA XVII

DICHOS y D. ANTONIO

D. ANTONIO

¿Se fijó la fecha? ¡Qué es esto! ¿Emocionados como dos chiquillos?...No es para tanto... ¿Qué les pasa a ustedes?

ANDRÉS

¡Déjeme usted, don Antonio; déjeme usted! (*Sale.*)

D. ANTONIO

Emilia, ¿qué le sucede a Andrés?

EMILIA

¡No me preguntes nada, tío Antonio; no me preguntes. (*Sale.*)

## ESCENA XVIII

D. ANTONIO, D.<sup>a</sup> JACOBA y después ISIDORO

JACOBA

Corre un vientecillo por el jardín... Recojo a mis inválidos.

D. ANTONIO

¡Isidoro anda por medio, no le quepa a usted duda! ¡Isidoro!...

JACOBA

¿Qué le pasa a usted?

D. ANTONIO

¡Isidoro! Allí le veo con María Luisa... Tendré que matarle... (*Llamándole.*) ¡Isidoro! ¡Isidoro! ¡Venga usted acá!

JACOBA

¡Por Dios, don Antonio, está usted muy alterado!

D. ANTONIO

¡No me contenga usted, doña Jacoba!

ISIDORO

(*Entrando.*) ¿Qué se te ofrece?

D. ANTONIO

Tú sabes algo..., ¿verdad? No me lo niegues... El disgusto de Emilia y Andrés.

ISIDORO

Disgusto... ¿Dónde está Emilia?

D. ANTONIO

¡Ah! ¿Qué le decía yo a usted? Mira, Isidoro. Toma el portante ahora mismo, si no quieres...

ISIDORO

No te contesto como debía, porque es más grave de lo que piensas eso que me has dicho.

JACOBA

¿Que Emilia y Andrés han tenido un disgusto? ¿Qué me dice usted?

D. ANTONIO

Acaban de marcharse cada uno por su lado, llorando como dos criaturas... Y no era de alegría, como yo creí.

ISIDORO

¿Y no te ha dicho Emilia...?

D. ANTONIO

Nada. Tú eres el que vas a decírmelo.

ISIDORO

(Llamando.) ¡Emilia! ¡Emilia!

D. ANTONIO

No. A ella no. A mi ahora mismo.

ISIDORO

Déjame... ¡Emilia!

JACOBA

¡Ay, don Antonio! ¡Qué disgusto tengo!

## ESCENA XIX

DICHOS y EMILIA

EMILIA

¿Por qué me llamas?

ISIDORO

¿Es verdad lo que me ha dicho tu tío Antonio? ¿Has tenido un disgusto con Andrés? ¿Por culpa mía?

D. ANTONIO

¡Tenía que ser!

ISIDORO

Haz el favor de callarte. Contesta, dime... ¿Por culpa mía?

EMILIA

¡Por culpa tuya, sí! No por lo que tú crees. ¿Recuerdas haber hablado de mi con Andrés algunas veces?

ISIDORO

¡Tantas veces!

EMILIA

¿Recuerdas todo lo que pudiste decirle?

ISIDORO

¿Por qué lo preguntas?

EMILIA

¿Recuerdas una carta en que le comunicabas un proyecto de boda?

ISIDORO

¡Ah! Te ha dicho...

EMILIA

¡Era verdad! Así me estimabas...

D. ANTONIO

¿Qué significa...?

ISIDORO

¡Te lo dijo por celos! Fué por celos... ¡Y lloras!... No. El miserable soy yo, sí, yo, que no merecí nunca que te compadecieras de mí... ¡Emilia, Emilia, no me perdones! ¡Nunca me despreciarías lo que yo me desprecio!

D. ANTONIO

¿También éste llora?

JACOBA

¡Y yo también, sin saber por qué!... ¡Pero en-viendo llorar!...

## ESCENA XX

DICHOS y ANDRÉS

ISIDORO

¡Ah! ¿Tú?

ANDRÉS

¿Qué quieres?

EMILIA

¡Isidoro!

ISIDORO

Sé cuánto debo a tu amistad...

ANDRÉS

¿Tu amistad?... No la invoques. Sólo valía mi traición si traición te parece.

ISIDORO

¡Por mí, no! Porque ofendiste a Emilia con tus celos.

ANDRÉS

¿Y eres tú quien debe pedirme satisfacción?

EMILIA

No. Ni usted exigirla. Porque ya no tiene usted ningún derecho para juzgar mis actos. Usted, celoso, supo leer en mi corazón mejor que yo misma... Demos por terminadas nuestras relaciones.

D. ANTONIO

¡Emilia!

JACOBA

¿Oye usted?

D. ANTONIO

¡No es posible!... Piensen ustedes...

ANDRÉS

No... Dice bien... He visto claro en su corazón. Emilia quiere a otro hombre... Él es quien puede pedirme explicaciones... Estoy a tu disposición.

ISIDORO

¿Andrés?

D. ANTONIO

¡No es posible..., no se irá usted!... ¡Emilia!

ANDRÉS

Ya lo ve usted. Ni una palabra. Ni cariño, ni gratitud... El amor arrojó su disfraz. (*Sale.*)

## ESCENA XXI

DICHOS, menos ANDRÉS

D. ANTONIO

¿Pero has pensado...? ¿Es posible...? ¡No puede ser, no será!

EMILIA

¡Júrame que no tendrás un duelo con Andrés!

ISIDORO

¡Si él no desiste!

EMILIA

Aunque se obstine. Sólo así podré perdonarme.

ISIDORO

¿Perdonarte tú?

EMILIA

Sí. Perdonarme la ingratitud de mi corazón, que bien merece otra ingratitud.

ISIDORO

No. ¡Mi vida y mi alma entera por merecer tu estimación!

D. ANTONIO

¿Ha visto usted, doña Jacoba?... ¡Tenía razón Andrés!... ¡Es que se ha enamorado de ese bandido!... ¡Vea usted!

JACOBA

¿No preguntaba usted por qué se ama?

D. ANTONIO

¡Pero doña Jacoba!... Entre uno y otro... ¡Es preciso estar loca!

JACOBA

¡Ay! El corazón no es el reino de la justicia, y el de la mujer mucho menos. Las mujeres preferimos siempre hacer limosnas a dar premios. ¿No es verdad, Emilia?

EMILIA

¿Qué?

JACOBA

Que no se ama a los que nos hacen dichosos, sino a los que nosotros podemos hacer que lo sean.

ISIDORO

¿Entonces...?

EMILIA

Ya lo oíste. Sé muy dichoso .. ¡Comprenderás por qué se ama... (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA